

ANTONI MATABOSCH
*Presidente de la Fundació Joan Maragall.
Cristianisme i Cultura*

QUE SIGNIFICA INCULTURACION DE LA FE

LA CULTURA

La palabra *cultura* tiene una larga historia, ya que desde la latinidad clásica se extiende a las diversas lenguas románicas y se amplía, a mediados del siglo XVIII, al área lingüística germánica. El concepto de cultura, expresado con ésta u otras palabras, tiene una historia muy significativa para el desarrollo intelectual europeo. El ideal griego de *paideia*, el ciceroniano de *cultura animi*, la *humanitas* del siglo XV o el nuevo contenido que se da al término *cultura* en el siglo XVII o en el XVIII, siempre se ha referido al proceso de formación de la personalidad humana y a su capacidad de progresar.

En todo caso, la evolución del significado del término *cultura* indica un cambio muy significativo del pensamiento occidental. La palabra existía en el latín clásico como sustantivo de *colere*, cultivar, ya sea la tierra, ya sea (con menor frecuencia y metafóricamente) el espíritu de cada persona (no los grupos humanos); es la *cultura animi* de Cicerón. En el siglo XVIII adquiere un significado casi siempre refinado, aristocrático y selectivo. En el sentido más amplio y global, tal como se entiende hoy en día, no fue usado hasta el siglo XIX, por exigencias, primero, de la investigación histórica y de las ciencias sociales, y, después, entrado el siglo XX, de la antropología cultural, a fin de investigar el valor de las formas de organización social y de las costumbres de todos los

pueblos, también de los llamados «primitivos». Con este contenido semántico fue usado por primera vez por Edward Burnett Tylor, en *Primitive culture* (Londres 1871) y vulgarizado por Sir James Frazer en 1885.

En los países de lengua alemana se suele distinguir entre «cultura» y «civilización». Civilización sería el campo cultural configurado por la técnica que está al servicio de las necesidades externas de la vida y de los fines utilitarios. En este sentido se entiende por «civilización», en contraste con la «cultura» originariamente creadora, una manera de ser de la sociedad determinada preferentemente por una actitud racional a fin de conseguir un conjunto de fines. Esta concepción no es compartida por los pueblos románicos o latinos. La palabra *civilisation* existía en la lengua francesa a principios del siglo XVIII en el campo judicial (en el sentido de hacer civil un proceso criminal). Parece que fue usada por primera vez en un sentido más general y actual el año 1757 por el Marqués Víctor Riqueti de Maribeu en el libro *L'ami des hommes ou traité sur la population*. Diez años más tarde sucedió lo mismo al equivalente inglés *civilisation*, en la obra de Adam Ferguson *An essay on history of civil society*. En estas obras, civilización es un conjunto de fenómenos sociales variados: tiene aspectos religiosos, morales, estéticos, técnicos o científicos y es propio de todos los grupos de la sociedad humana. Los conceptos de cultura y civilización básicamente coincidirían, pero el primero parece indicar algo más que el segundo. La cultura comprende y expresa los valores de una civilización; asume todos aquellos aspectos de la civilización dotados de algún tipo de valores, ya sean filosóficos, artísticos, religiosos, morales, científicos, técnicos o económicos. El concepto de unidad y de valor es esencial al concepto de cultura. Es la unidad de los valores de una civilización; unidad orgánica y viviente.

Existen una infinidad de definiciones de cultura. En una obra clásica, C. Kluckhohn y A. L. Kroeber juntan más de 160 definiciones, clasificándolas de acuerdo con los acentos que cada autor da al término *cultura*¹ de acuerdo con esta clasificación:

1. Como totalidad comprensiva.
2. Énfasis en la historia, en la herencia social o tradición.
3. Estilos de vida, valores, ideales.
4. Aspectos psicológicos, procesos de formación de hábitos.

¹ Cf. C. KLUCKHOHN y A. L. KROEBER, *Culture. A Critical Review of Concepts and Definitions*, Nueva York 1963.

5. Naturaleza estructural y sistemática de la cultura.
6. Como producto de la acción humana.

En la actualidad se tiende a una concepción integradora y compleja del término *cultura*. Tylor lo había ya entendido así: «La cultura es una totalidad compleja que incluye los conocimientos, las creencias, el arte, la moral, las leyes (Rovira Belloso añade: “el tipo de producción que da lugar a los sistemas económicos”), las costumbres y cualesquiera otros hábitos o capacidades adquiridas por el hombre en cuanto es miembro de una sociedad.» El Vaticano II da una descripción de cultura en la misma línea, indicando sus cuatro dimensiones: cultura es «todo aquello que hace que el hombre afine y despliegue, de muchas maneras, sus cualidades espirituales y corporales (despliegue); que mira de poner bajo su dominio, con el estudio y el trabajo, toda la tierra (dominio del mundo); de convertir en más humana la vida social, tanto dentro de la familia como en toda la convivencia civil (humanización); y, finalmente, a través del tiempo, hace que exprese, comunique y conserve, en sus obras, para provecho de muchos y hasta de toda la humanidad, sus grandes experiencias y aspiraciones (tradición)». Por tanto, «cultura» es todo aquello que el hombre sabe, expresa y hace para afirmar y desarrollar socialmente su humanidad en el mundo. Se suele indicar que en el proceso cultural hay tres fases íntimamente intercomunicadas: la *creación* (la cultura es siempre obra del hombre); la *socialización* (lo que no es asumido por la sociedad no es todavía cultura); y la *interiorización* (en la que los individuos asumen personalmente los contenidos).

PASADO Y PRESENTE DEL DIALOGO ENTRE FE Y CULTURA

Las relaciones entre fe y cultura han estado presentes en toda la historia del cristianismo, aunque no se expresara siempre con la misma terminología.

Durante los primeros siglos del cristianismo tiene lugar la conocida inserción de la fe en las culturas griega y romana; la cultura occidental no se explica sin el cristianismo; la tarea de los monasterios a fin de transmitir la cultura clásica es ingente, así como el intento medieval de construir una cultura civil desde la fe; es larga la historia de las misiones católicas de Asia, América y África. Con éxitos, ambigüedades y fra-

casos, siempre se han planteado las relaciones entre la fe y la cultura de cada momento.

En nuestra época hay un doble motivo que impulsa a proponer de nuevo, de manera más explícita y con mucha urgencia, el tema del diálogo con la o las culturas. Primero, porque apreciamos mucho más que en otras épocas las diversas culturas del ancho mundo y ya no afirmamos el valor universal de la forma concreta cómo se ha inserido el cristianismo en Occidente. En segundo lugar, en nuestro ámbito cultural y desde el siglo XVI ha tenido lugar un progresivo distanciamiento entre la cultura (que ha seguido caminos bastante alejados y críticos respecto del cristianismo) y el mismo cristianismo (muy a la defensiva): «La ruptura entre Evangelio y Cultura es, indudablemente, el drama de nuestra época» (Pablo VI). Los profundos cambios culturales que se han producido en nuestros países en los últimos decenios han despertado una serie de problemas en nuestras viejas sociedades cristianizadas desde antiguo muy parecidas a las que tienen allí donde se quiere anunciar y vivir el Evangelio en el seno de nuevas culturas.

Fernando Sebastián, obispo de Pamplona, sintetiza así las razones que hoy hacen más urgente este diálogo: «El problema de la inculturación de la fe... está planteado vivamente en la Iglesia por las siguientes razones: el impulso dado por el Vaticano II al diálogo de la Iglesia con el mundo contemporáneo; la visión planetaria de los problemas teóricos y prácticos que lleva consigo la evangelización de los diversos pueblos; las relaciones entre unidad y variedad dentro de la Iglesia; la rapidez de los cambios culturales ocurridos en Occidente, y en concreto los problemas teológicos y pastorales planteados por el fenómeno de la secularización; los problemas teóricos derivados del Ecumenismo; el agudo sentido de la historicidad de la cultura que ha adquirido la cultura contemporánea; la sensibilidad cultural y religiosa de las nuevas Iglesias en el marco de la emancipación de los países asiáticos y africanos; el protagonismo de las Iglesias sudamericanas en el planteamiento de sus propios problemas pastorales y en la elaboración teórica de sus propias teorías teológicas y pastorales»².

El magisterio universal de la Iglesia católica, especialmente el Concilio, Pablo VI y Juan Pablo II, han desarrollado un amplio cuerpo de doctrina sobre el diálogo entre fe y cultura.

² F. SEBASTIÁN AGUILAR, *Nueva evangelización. Fe, cultura y política en la España de hoy*, Madrid 1991, p. 86.

El Vaticano II dedica a este tema el capítulo II de la segunda parte de la *Gaudium et Spes*³, donde se hace una descripción de la cultura en el mundo actual, se establecen unos principios para una recta promoción cultural (incluyendo las relaciones entre fe y cultura) e indicando algunos deberes urgentes de los cristianos respecto de la cultura. De este texto conciliar arrancan todos los estudios católicos posteriores.

El pensamiento de Pablo VI se expresa fundamentalmente en la encíclica *Evangelii nuntiandi* (1975), y aporta nuevos elementos más completos y maduros. El Papa remarca más que el Concilio los aspectos negativos del mundo actual. No es en vano que han pasado diez años decisivos. Insiste en «el aumento de la incredulidad en el mundo moderno» (núm. 55) visible en el secularismo, que es «una concepción del mundo según la cual éste se explica por sí mismo, sin que sea necesario recurrir a Dios; Dios resultaría, pues, superfluo e incluso un obstáculo. El secularismo, a fin de reconocer el poder del hombre, acaba por sobrepasar Dios e incluso por renegar de él» (núm. 55). Pero la verdadera novedad se encuentra a nivel de las orientaciones pastorales. Pablo VI incorpora el tema de la cultura dentro de la tarea primordial de la Iglesia que es la evangelización. Ya no se trata solamente (como en el Vaticano II, que asume ideas de Pío XII y de Juan XXIII) de promover la cultura, purificándola, elevándola; tampoco se trata solamente o principalmente de ordenarla, como todas las realidades temporales, hacia Dios por Jesucristo; ahora se trata de evangelizarla, es decir, «de conseguir y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación» (núm. 19). Esta evangelización no es algo secundario o un añadido al lado de la evangelización de los individuos, no; «el reino que anuncia el Evangelio es vivido por hombres profundamente vinculados a la cultura, y la construcción del reino no puede menos que tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas» (núm. 20). Esta visión fundamenta la conocida frase: «La ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas» (núm. 20).

El magisterio de Juan Pablo II ha aportado ya todo un cuerpo de doctrina sobre el tema, desde su discurso en la UNESCO (1980) hasta la

³ En otros documentos se hace también referencia al mismo tema. Cf. *Constitución sobre Liturgia*, núms. 37, 122 y 123; *Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia*, núms. 11 y 15; *Declaración sobre la educación cristiana*, núms. 1, 8 y 10.

creación del Pontificio Consejo de la Cultura (1982), pasando por los discursos anuales a los miembros de este organismo y las obligadas referencias en cada viaje papal. Algunos aspectos propios del Papa actual son el uso normal del término *inculturación*, la relación que establece entre *inculturación* y *nueva evangelización*, la enumeración de criterios básicos (distinguir entre Evangelio y cultura, conservar la identidad de la Iglesia, vivir la unidad en la pluralidad, ejercer el discernimiento y la investigación) y la insistencia en que el Evangelio se ha de hacer cultura. Finalmente, también caracteriza su ministerio el hecho de haber creado un organismo central que promueva este ámbito⁴.

ALGUNAS PRECISIONES TERMINOLOGICAS

Con frecuencia se usan indistintamente expresiones como «evangelización de la cultura», «diálogo fe y cultura», «inculturación» o «aculturación», y por ello es conveniente distinguir los diversos significados.

Cuando se habla de *evangelización de la cultura* se indica la finalidad, el objetivo a conseguir. Es decir, se afirma que la cultura es un campo específico de la evangelización y que la Iglesia a través de la *inculturación* busca evangelizar las culturas⁵.

El *diálogo entre fe y cultura* es un camino privilegiado de la *inculturación*. Expresa claramente que hay que superar la ruptura que se ha ido creando durante los últimos cuatro siglos y que lo primero que debe hacerse es dialogar, con todo lo que esto supone (escucharse, criticarse, influirse mutuamente).

Pero, sin duda, la palabra que indica de forma más amplia y profunda la tarea a realizar es *inculturación*. Este neologismo es muy reciente y no fue nunca usado por el Vaticano II ni tampoco por Pablo VI. P. Charles, en 1953, en un contexto misionológico, usó la palabra francesa *inculturation* a fin de expresar la relación entre el Evangelio y las diversas culturas⁶. J. Mason, en 1962, usó la expresión *catolicismo in-*

⁴ Cf. H. CARRIER, *Evangelio y culturas. De León XIII a Juan Pablo II*, Madrid 1988.

⁵ Cf. Card. P. POUPARD, *Iglesia y culturas. Orientación para una pastoral de la inteligencia*, Valencia 1988, pp. 131-149; H. CARRIER, *Evangelisation et développement des cultures*, Roma, pp. 89-95.

⁶ Cf. P. CHARLES, «Missiologie et Acculturation», en *Nouvelle Revue Théologique* 75 (1953) 15-32.

culturado para indicar el inserirse del catolicismo en la cultura de un pueblo⁷. La palabra fue usada por la XXXII Congregación General de la Compañía de Jesús (1974-1975) en sus decretos. El Sínodo de Obispos de 1977, dentro del *Mensaje al Pueblo de Dios* (núm. 5), lo usa para indicar el proceso por el cual el mensaje evangélico se inserta en una cultura humana. A partir de este momento se convierte en una palabra generalmente aceptada en las diversas lenguas occidentales.

Sin embargo, antes de su aceptación general, se usaron otras palabras. Se habló de *adaptación* o de *acomodación* (abandonado por el Sínodo de 1974 porque indicaba una dimensión demasiado superficial). En ambientes ecuménicos se insistió y todavía se insiste hoy en usar la palabra *contextualización*, pero no tuvo un éxito universal. Una palabra que a primera vista parecía más apropiada era *aculturación*, usada por la antropología cultural para indicar el contacto y el mutuo influjo entre grupos de diferentes culturas. Durante un cierto tiempo se usó en ambientes eclesiales, pero finalmente tampoco fue aceptada, porque se prestaba a equívocos: el contacto entre la fe, el cristianismo o la Iglesia y las culturas no es igual que el contacto entre dos grupos culturales, porque la Iglesia no se identifica con una sola cultura; *Gaudium et Spes* dice: «en virtud de su misión y de su naturaleza (la Iglesia) no está atada a ninguna forma particular de cultura» (núm. 42). También se propuso la palabra *enculturación*, que según muchos antropólogos indica el proceso por el cual una persona humana se convierte en parte de un grupo cultural; dado su carácter individual, no pareció el más adecuado para indicar la *incardinación* del cristianismo.

DEFINICION Y FUNDAMENTO TEOLOGICO DE LA INCULTURACION

Citaré a continuación tres definiciones descriptivas sobre qué es *inculturación*.

— Juan Pablo II, en la encíclica *Slavorum Apostoli* (1985), dice: «La *inculturación* es la encarnación del Evangelio en las culturas au-

⁷ J. MASON, S.J., «L'Église ouverte sur le monde», en *Nouvelle Revue Théologique* 84 (1962) 1032-1043. Sobre el origen y contenido del neologismo *inculturación*, Cf. A. A. ROEST CROLLIUS, «Inculturazione della fede: la problematica attuale», en *Inculturazione della fede. Saggi interdisciplinari*, 9, Nápoles 1981, pp. 13-32; LL. DUCH, «Notes sobre la *inculturación*», en *Revista Catalana de Teologia* 19 (1994) 355-365.

tótonas y a la vez la introducción de éstas en la vida de la Iglesia» (núm. 21).

- El documento *Fe e inculturación*, de la Comisión Teológica Internacional (1989), en el número 11 afirma que «el proceso de inculturación puede definirse como el esfuerzo de la Iglesia a fin de hacer penetrar el mensaje de Cristo en un determinado ámbito socio-cultural, invitándolo a creer según todos sus valores propios, mientras éstos sean conciliables con el Evangelio».
- Una tercera definición también interesante es la de R. Penna: inculturación «es una praxis eclesial que, partiendo del conocimiento i la aceptación de culturas diferenciadas, reconoce la posibilidad de inserir en ellas la semilla del Evangelio, de manera que, en base a una mutua fecundación, se realice tanto una auténtica encarnación del mismo Evangelio como una fructífera regeneración de la respectiva cultura»⁸.

De estas definiciones podemos extraer algunas características teológicas fundamentales que enmarcan y a la vez fundamentan la inculturación. En primer lugar, la fe o el cristianismo no se han de entender como incompatibles o antagónicos de la cultura, como si el mundo fuera pura negatividad. Esta posición es propia de una visión netamente protestante (como la de K. Barth) y paradójicamente de una cierta «derecha» eclesial católica. Tampoco se ha de concebir en natural continuidad, es decir, como si lo cristiano fuera un hecho cultural y nada más. Los elementos de verdad que hay en estas posiciones son los siguientes: por un lado, que el Evangelio sobrepasa toda cultura, no se identifica completamente con ninguna cultura; por otro, que es capaz de impregnar todas las culturas y no puede existir sin estar sumergido en una u otra cultura.

La respuesta adecuada se ha de encontrar en la cristología, especialmente de la encarnación (¿habría que decir de la «incarnación»?), tal como indica el Papa. De todas formas, explicar la inculturación como encarnación se ha de entender correctamente a fin de evitar identificaciones simplistas. La encarnación de la fe en una cultura se ha de concebir analógicamente; así parece indicarlo el Vaticano II: «La Iglesia, a fin de poder ofrecer a todo el mundo el misterio de la salvación y la vida que Dios ha dado al hombre, ha de procurar inserirse en todos aque-

llos grupos de la misma manera (*eodem moto*) que Cristo mismo, mediante su encarnación, se ató a aquel ambiente socio-cultural de los hombres en medio de los cuales vivió»⁹. Por otro lado, la encarnación considerada en sí misma, no es todo el misterio de la salvación de Cristo, porque está ordenada al misterio pascual. Este es el misterio indivisible de salvación (cf. Fl 2,5-11). El hacerse hombre de Cristo sólo llega a su plenitud en su exaltación. La Pascua contiene un doble movimiento, de descenso y de ascensión, de muerte y de resurrección. La salvación no consiste, propiamente, en la configuración a la encarnación de Cristo, sino en la configuración y participación en su muerte y resurrección. El *analogatum principale* de la inculturación es el misterio pascual. Es evidente que la inculturación implicará una encarnación en una cultura, pero así como en Cristo su camino encarnatorio pasa por la muerte y resurrección, así todas las culturas son llamadas a una conversión y a una muerte reales de todo aquello que se opone al don de Dios y a resurgir a nuevas posibilidades (resurrección) y dar frutos abundantes para la humanización y para el Reino de Dios (en la línea de Pentecostés)¹⁰.

A la luz de lo que acabamos de decir se puede entender mucho mejor lo que Juan Pablo II dijo en dos de sus viajes. A los obispos de Kenia (1980): «La inculturación que vosotros con razón promovéis será realmente un reflejo de la encarnación del Verbo cuando una cultura, transformada y regenerada por el Evangelio, produce desde la propia tradición expresiones originales de vida, de celebración, de pensamiento

⁹ *Ad Gentes*, número 10.

¹⁰ El Card. P. POUPARD, lo ha expresado así recientemente (Simposio Regional del Consejo Pontificio de la Cultura, en Madrid, octubre 1995, «La fe cristiana, creadora de cultura para el tercer milenio», publicado en *Culturas y fe*, 3 (1995-4) 247): «La evangelización de las culturas, y la inculturación de la fe, es un auténtico proceso salvífico, por el que la fe se encarna en el modo de vida de cada pueblo, lo purifica y lo abre a la comunión, en el Espíritu, con todos los hombres. Es éste un concepto que se halla bellamente expresado en las *Conclusiones* del Documento de Santo Domingo, que relaciona el proceso de inculturación con los tres grandes misterios de la salvación: Navidad, Pascua y Pentecostés; o, lo que es lo mismo, Encarnación, Purificación y Comunión: «Es necesario inculturar el Evangelio a la luz de los tres grandes misterios de la salvación: la Navidad, que muestra el camino de la Encarnación y mueve al evangelizador a compartir su vida con el evangelizado; la Pascua, que conduce a través del sufrimiento a la purificación de los pecados, para que sean redimidos; y Pentecostés, que por la fuerza del Espíritu posibilita a todos entender en su propia lengua las maravillas de Dios» (IV CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, *Conclusiones*, Santo Domingo, 12-28 de octubre de 1992, núm. 230).

⁸ R. PENNA, art. «Cultura/Acculturazione», en *Nuovo Dizionario di Teologia Biblica*, Roma 1988, p. 346.

cristiano.» Diez años más tarde dijo a los obispos del Chad: «La inculturación o proceso por el cual la fe cristiana se encarna en las culturas, es inherente al anuncio del Evangelio. Por su Encarnación, el Hijo del Hombre se ha unido de alguna manera a todo hombre (cf. *Gaudium et Spes*, núm. 22); por ello se puede decir que ningún valor humano auténtico es extranjero a Cristo ni está excluido de la inculturación. Será necesaria una reflexión teológica rigurosa y estructurada para apreciar las costumbres, tradiciones, sabiduría, ciencia, artes y disciplinas de los pueblos y hacer entrar todo lo que es verdad, bonito y bueno de esta herencia en el "admirable intercambio" de la Encarnación de Cristo.»

Basados en estos principios generales, pasaremos ahora a exponer las influencias mutuas entre la fe y la cultura, en ambas direcciones.

ALGUNAS APORTACIONES DE LA CULTURA A LA FE

— La fe sólo puede ser entendida, nacer y desarrollarse en el marco de una cultura. La cultura actúa como una matriz en la que se va configurando toda la existencia. La fe, como respuesta histórica, no puede dejar de estar condicionada por la cultura. Sólo a través de la cultura el hombre puede dar forma a sus concepciones, experiencias y aspiraciones religiosas, inmersa y determinada por los materiales expresivos que usa y las configuraciones históricas que adopta. La cultura, además, nos proporciona medios de comunicación y de transmisión de la fe, formas nuevas de expresar artísticamente las realidades de la fe. Esta no puede realizarse ni expresarse al margen de la cultura.

— Sin embargo, ninguna cultura puede agotar todas las posibilidades de respuesta humana a la llamada de la Palabra de Dios, atribuyéndose el monopolio de la expresión de la fe y de las formas de traducirla a la vida como si fuera el único camino de encarnación de la fe. Una pura identificación da origen a los integrismos, tanto de derechas como de izquierdas. Hay que afirmar el doble principio de la originalidad y la irreductibilidad del Evangelio y de la fe que genera, y a la vez la necesaria dependencia de una cultura u otra. El primer principio exige que la fe y todo lo que ésta implica no son un simple producto cultural y que no se identifica adecuadamente con ninguna cultura. El segundo principio enseña que se puede encarnar o inculturar en cualquier cultura, pero que no puede dejar de hacerlo siempre en alguna; no ha existido ni existirá nunca un cristianismo no inculturado. Si no se acepta plenamente la originalidad, el mensaje de fe se diluye. Si

no se toma en serio la inculturación, se ayuda a la irrelevancia e insignificancia del cristianismo.

— Es propio de la cultura su dinamismo, su carácter vivo y creador, su historicidad. La cultura cambia porque el grupo humano ha de responder o reaccionar a las transformaciones del mundo, a las nuevas necesidades físicas, afectivas, éticas, sociales, etc. La fe se ve empujada a un dinamismo parecido si no quiere perder su carácter significativo. Los cambios culturales disminuyen el valor de signo de las formas anteriores en que ha vivido la fe y hay que buscar constantemente una mayor expresividad. La cultura exige huir constantemente del anquilosamiento creyente y buscar nuevas formas de significatividad, de credibilidad. Se impone, por tanto, escuchar permanentemente la cultura y estar atentos a su dinamismo. Esta exigencia no está muy lejos de la noción de *signos de los tiempos* del Vaticano II (descubrir la llamada de Dios en los acontecimientos). No es fácil estar permanentemente atentos a las nuevas situaciones de la cultura, ni se ha de pedir a todos los cristianos el mismo grado de sensibilidad o de captación¹¹. En el proceso de desarrollo cultural (creación, interiorización y socialización), si la oferta de la fe no está en sintonía se hace extraña al grupo y se hace difícil que sea interiorizada por este grupo, porque, en este caso, en lugar de ser oferta de sentido y fuerza de liberación integral, se ha convertido en realidad fosilizada y así no favorece la simbiosis entre fe y cultura. Es la constante tentación del fariseísmo. Dicho de otra manera, la oferta cristiana ha de dar respuesta a las preguntas, situaciones y problemas reales que se plantean las personas y los grupos si quiere evitar-se el peligro de convertirse en irrelevante, inútil, superflua¹². Debe quedar también claro que la fe tiene su originalidad y que no es una pura respuesta a unos estímulos que le llegan desde fuera. Aquí no hablamos

¹¹ Algunos critican esta constante apertura del cristianismo utilizando aquella frase del teólogo anglicano W. R. Inge: «Aquel que desee casarse con el espíritu de la época muy pronto se quedará viudo.» Esta ocurrencia puede aceptarse si por «espíritu de la época» se entiende la última moda, el último libro, la más reciente idea; está claro que inculturación no quiere decir doblegarse a cualquier viento. En cambio, no puede aceptarse si quiere decir que el cristianismo debe desconocer las grandes corrientes culturales en las que estamos inmersos; los grandes principios de la modernidad forman el «humus» en el que debe vivir la fe cristiana.

¹² No hay que confundir el escándalo de la cruz con los escándalos humanos evitables. La fe cristiana siempre tendrá un «algo» que la convertirá en escandalosa, de difícil asimilación; pero esto no quiere decir que no debemos procurar con todas nuestras fuerzas que sea creíble.

de la revelación en sí misma, sino de la fe en la historia, vivida por personas en Iglesia.

— El dinamismo cultural es un gran estímulo a fin de que vivamos la fe como fe y no la rebajemos a un sistema de ideas dotado de una falsa perennidad. Los cambios culturales de la sociedad nos muestran que la fe la trasciende. Afirmar que la fe es una creación cultural hace un daño inmenso a la misma cultura, porque privamos a la cultura de un elemento dinamizador. De manera parecida a la afirmación de que existe una permanencia del hombre en la cultura, podemos decir que existe una permanencia del Evangelio recibido.

— La función humanizadora de la cultura reclama que la fe acredite su valor humanizador. La fe deberá descubrir, respetar y potenciar la función humanizadora de la cultura. A. Cañizares lo ha expresado muy bien: «Uno de los aspectos en que el hombre destaca la ruptura entre la fe y la cultura contemporánea, de la modernidad, es que la tal modernidad ve en la fe una afirmación de Dios a costa del hombre. No reconoce en la fe el valor humanizador de la misma, no reconoce aquello que tan bellamente expresó San Ireneo de Lyon, de que la gloria de Dios es que el hombre viva, y la vida del hombre es la visión de Dios. Ve a Dios como antagonista del hombre y ve que para aceptar a ese Dios hay que renunciar a facetas fundamentales del existir humano. No se ha descubierto —porque los cristianos no lo hemos hecho suficientemente patente— el valor humanizador de la fe. La fe, por eso, debe estar atenta a las semillas del Verbo, presente en las culturas, donde se da esa realidad humanizadora... Son esas semillas del Verbo los lugares de encuentro de los hombres que encarnan las culturas y el Evangelio. No reconocer esto puede conducir a una incapacidad para que la fe pueda hacerse presente en las culturas (...). Encontrar por eso en las culturas las semillas del Verbo no significa que el Evangelio nazca de las culturas, pero sí entraña que no se parte de cero; que lo que se proclama en el Evangelio, de alguna manera no es accesible si previamente no estuviera ya presente. Es lo de San Agustín: "No te habría buscado si previamente no te hubiese encontrado..." Sólo desde esas semillas el hombre emprende la búsqueda de Dios y, partiendo de esas situaciones de búsqueda y esperanza, es como el Evangelio podrá ser audible y creíble.»¹³

¹³ A. CAÑIZARES, «Diálogo fe-cultura: criterios inspiradores», en *Fe y cultura. VI Jornadas. Educadores cristianos. JARIS*, Madrid 1986, pp. 16-17.

ALGUNAS APORTACIONES DE LA FE A LA CULTURA

— La fe, desde el punto de vista social, es ya un valor cultural y origina productos culturales. J. M.^a Rovira, en un lúcido artículo¹⁴, indica que *valor* es aquello que hace estimable un objeto, es un bien preciado para una persona o para un grupo social. En este sentido, la fe origina valores humanos. Ha creado y sigue creando valores estéticos y productos artísticos (catedrales, pintura, escultura, etc.). La comunidad cristiana genera gran cantidad de valores educativos; en una catequesis o en un movimiento de jóvenes se aprende a expresarse, a escuchar, a discernir, a querer el grupo, a ser cooperadores, puntuales y responsables. Pero hay que tener presente que la fe origina estos valores culturales «por añadidura». La fe *primo et per se* origina un proceso de salvación; por extensión origina cultura, como un añadido sustancial, inherente a la misma salvación, de la cual no es lícito apoderarse, separándolo de su fuente. Todo aquel que quiera entender la originalidad específica del elemento religioso tendrá que amar la fe por ella misma, por el hecho de ser fe; no, principalmente, por sus frutos culturales, por su «añadidura».

— La fe aporta también otros valores a un nivel más profundo que los ya mencionados. Por ejemplo, transmite un espíritu de fraternidad universal como expresión más auténtica de la aceptación de Dios; crea la noción de «prójimo» y, por tanto, una cultura de la fraternidad; la fe cristiana destruye las falsas sacralizaciones, destruye los ídolos y cura la cultura de la tendencia del hombre a la idolatría de las criaturas y de lo creado; la fe ayuda a una universalización de las culturas, las acerca entre ellas, acentúa las afinidades y posibilidades de comunicación y enriquecimiento entre las culturas de épocas y pueblos diferentes.

— La fe también es instancia crítica de aquellos aspectos culturales que no son dignos de la persona humana. La fe que se encarna en las culturas es respuesta a una revelación gratuita dada históricamente y de la cual no podemos disponer, y se refiere siempre a una revelación histórica del Absoluto que no depende, en su raíz, de las culturas. Esta revelación ha sido donada para el bien de todos los hombres y de su vida individual y social, y no puede dejar de ser crítica con las culturas. Ha

¹⁴ Cf. J. M.^a ROVIRA BELLOSO, «L'Església davant de les cultures», en *Foc Nou*, número 106, 10 (febrero 1983) 12-13.

de vivir con equilibrio la tensión entre encarnarse enteramente y luchar contra las deformaciones de la «carne». Es necesaria una gran tarea de discernimiento que implica una buena dosis de conocimiento y capacidad de escoger, así como una gran humildad para no confundir «la fe» con «la manera cómo yo entiendo la fe»; en este punto tiene una gran tarea el *sensus fidelium* y el magisterio eclesial. La *Evangelii nuntiandi* expresa así la profundidad de esta tarea: «Para la Iglesia, no se trata solamente de predicar el Evangelio en lugares geográficos cada vez más vastos o a poblaciones cada vez más masivas, sino también de llegar y cambiar por la fuerza del Evangelio los criterios del juzgar, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que están en oposición con la Palabra de Dios y el designio de salvación» (núm. 19).

— La fe ayuda a que las culturas sean más humanizadoras y a ir creando en la cultura la actitud expresiva y práctica de la fe. Favorece los llamados *preámbulos de la fe*, aquellos elementos que hacen posible que la fe pueda ser anunciada con cierta credibilidad y que, por ello, de alguna manera se pueden llamar evangelizadores. Cultivar la interioridad, la gratuidad, el silencio, la contemplación, la apertura a los demás, etc., es favorecer unos elementos humanizadores que posibilitan que una cultura pueda ser expresiva de la fe.

A MODO DE CONCLUSION

Después de lo que hemos expuesto, se puede entender mucho mejor una frase muy citada de Juan Pablo II: «La síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe (...). Una fe que no se haga cultura es una fe que no es plenamente acogida, enteramente pensada y fielmente vivida»¹⁶. De conformidad con lo que acabamos de exponer, que la fe se hace cultura quiere decir que la cultura en que vivimos ha de expresar y alimentar nuestra humanidad y nuestra presencia en el mundo, de acuerdo con las afirmaciones, las esperanzas y los criterios que nacen de la fe en Jesucristo y en Dios salvador nuestro. Visto desde el otro lado, quiere decir que de la fe han de derivarse convicciones, usos, formas de vida que ayuden a expresar y practicar coti-

¹⁶ Carta de constitución del Pontificio Consejo de la Cultura, mayo 1982.

dianamente en nuestra vida personal y social las exigencias de la fe y de la vida cristiana.

¿Qué es, pues, inculturar la fe? Es asumir la cultura a fin de salvarla, es decir, a fin de abrirla a la revelación de Dios. Es dejarse criticar por la cultura, de manera que la fe se haga más significativa. Es llevar el influjo del Evangelio hasta los puntos más íntimos y complejos de la vida personal y social. Es un proceso de mutuo enriquecimiento.

El Sínodo de Obispos de 1985 dijo: «Dado que la Iglesia es una comunión presente en todo el mundo, que une la diversidad y la unidad, asume todo lo que encuentra de positivo en todas las culturas. La inculturación, sin embargo, es diferente de la mera adaptación externa, porque implica una íntima transformación de los auténticos valores culturales mediante su integración al cristianismo, y el enraizamiento del cristianismo en todas las culturas humanas. La ruptura entre Evangelio y cultura es llamada por Pablo VI "el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas". Por ello, hay que hacer todos los esfuerzos posibles a fin de que, con diligente afán, se evangelice la cultura misma, o mejor las culturas. Es necesario que renazcan por el encuentro con la Buena Noticia. Pero este encuentro no tendrá lugar si la Buena Noticia no es proclamada» (núm. 4).